

## LOS MEDIOS DE COMUNICACION Y LA REALIDAD DE NUESTROS DIAS

La literatura, el periodismo y el tiempo en que se desarrollan guardan entre sí una íntima relación. Los campos donde confluyen son múltiples, o quizá tienen un único campo de confluencia sobre el que actúan con procedimientos distintos, pero con finalidades comunes en muchos de sus aspectos. De su unión han surgido excelentes muestras para la impulsión de ese humanismo que estamos sintiendo latir a nuestro alrededor y que, no obstante, se nos escapa cuando queremos aprehenderlos en sus esencias concretas.

Por lo pronto, literatura, periodismo y tiempo marchan al unísono con respecto a esta situación. Al ser, entre otros conceptos, formas de investigación de la realidad, se nos presentan como despiertas antenas orientadas hacia la búsqueda de explicaciones del mundo. Con el hombre en el centro y con los deseos del hombre como motor impulsor. Porque para realizar las posibilidades contenidas en nosotros, para realizarnos a nosotros mismos, como expone la certera frase de Zubiri, es inevitable anclar en la realidad que nos rodea; realidad cada vez de más amplias extensiones, debido a la creciente complejidad de nuestra época y nuestro mundo. De nuestra época, al haberse encerrado entre interrogantes y, consecuentemente, cada vez más problemática y escurridiza. De nuestro mundo, porque hoy vivimos en una gran sociedad sin fronteras donde los movimientos humanos y los fenómenos socio-culturales, por encima de las diferencias raciales y de la geografía, tienen parecidas características.

Para penetrar en esta realidad psico-social, el periodismo se mueve a través de una llave maestra: la pasión por su tiempo y la actualidad. La literatura, a través de la decantación de esa realidad. En uno y otro caso, manejando los materiales que se desprenden del acelerado dinamismo vital de nuestros días. Literatura y periodismo están hoy sujetos a una permanente inquietud, recorridos por esos rayos fugaces, de vertiginosa aparición, que se desprenden de una idea, de una noticia, de los contactos del hombre con su grandeza o su miseria presentes.

El hecho es evidente y comprobable. El tiempo actual nos desplaza y nos

desborda con su permanente crecimiento. Vivimos —la literatura y el periodismo están en sus mismos ejes neurálgicos— un tiempo de futuro que, sin embargo, es ya una presente rebosante de amenazas, de angustia y falta de explicaciones. A su misma altura, también de esperanzas, de caminos abiertos, tanto hacia mundos externos a la tierra como a los más hondos del hombre. La literatura y el periodismo, transidos de asombro, están en el centro del nudo dramático. Las influencias que, partiendo de este fenómeno, se extienden desde uno a otro campo, y viceversa, son altamente fructíferas para ellos mismos y para iluminar los posibles desenlaces de una incógnita en la que nace toda la grandeza y toda la miseria de nuestra condición de protagonistas.

El periodismo es una tensión de arco, o de flecha en el aire apuntando hacia las múltiples dianas del tiempo. La literatura es una tensión en la belleza para darnos una versión artísticamente transformada del mundo. El periodismo nace de un alerta constante ante los sucesos que saltan cada día, cada hora, en las diferentes geografías de la tierra. La literatura es una reposada verificación de los significados que en sus distintas parcelas instrumentales —ensayo, novela, teatro, etc.— se desprenden de esos mismos sucesos. En todo momento, con el periodismo se tiene el mundo al alcance de la mano, se le siente palpar, gemir o alegrarse. Y ello, repetido diariamente en un proceso de cada vez más incitantes cuestiones. Con la literatura, se tiene ese mismo mundo serenamente elaborado por la alquimia del artista o del pensador.

El periodismo tiene mucho de antena. Y de periscopio. Recibe y emite; descubre y ausculta. La literatura es eminentemente receptora en principio, aunque sobre los elementos recibidos haya montado valientes desplantes al futuro. Si recoge la noticia, la elabora y crea con ella un mundo propio sirviéndose sobre todo de la alta capacidad reveladora de la intuición. Ambos tienen una capacidad ejercitada minuto a minuto sobre los movimientos y fenómenos que definen con más precisión los paisajes de la época. Al mismo tiempo, son un motivo de autoconocimiento. Cuando se ponen en relación, contrastan formas distintas de entender la vida para hacernos comprobar que nuestra verdad no es a veces la verdad y que ésta hay que obtenerla a través de un duro peregrinaje por tierras desconocidas en cuyos valles podemos perdernos.

Pero demos un nuevo paso de acercamiento y, constatando las relaciones entre literatura y periodismo, pensemos, como los campesinos de España, que los papeles con el tiempo crían barbas. Porque algo de esto le pasa a la literatura y al periodismo en relación con su tiempo. Crecen sobre los hechos y, avanzando, se configuran ciertamente como una crónica de la Historia.

El periodismo es el heredero directo de las antiguas crónicas de las Cortes europeas. Se da con él una interpretación de lo que ocurre en el futuro y,

cuando aumente el bando de los «Pájaros del Alba», el periodista tendrá mucho de astrónomo, que es una forma muy interesante de asomar la mirada a las ventanas de la casa de Dios. Y he aquí esbozada, anotamos al margen, toda una incipiente teoría de cómo el periodismo puede convertirse en metafísica.

Con la literatura, si seguimos la clara trayectoria dorsiana de pasar de los hechos a las categorías, comprobamos cómo los primeros no quedan reducidos a su simple condición de datos. Partiendo de ellos, la literatura expresa el sentir general de una colectividad, si queremos, con pernuso de los freudianos, la expresión del inconsciente colectivo en cuyas oscuras galerías arraiga la manifestación de nuestro modo de ser comunitario, de nuestra íntima entraña personal.

La literatura actual sobre todo toma del periodismo sus primeras pistas; la curiosidad intelectual las persigue y analiza. Su aprehensión, relaciones y correlaciones ofrecen un pleno conocimiento de la actualidad. En el fondo, es de lo que se trata: conocer el propio yo y el mundo en que vive. Sensible o insensiblemente los dos se van tiñendo de preocupaciones y ocupaciones afincadas en el humanismo. El «Yo soy yo y mi circunstancia» orteguiano tiene en todo esto un amplio campo de operaciones. La frase, dimanante y compendiadora de todo un sistema de ideas, siendo una herejía metafísica, tiene un inapreciable valor en el terreno propio de la Sociología. El periodismo, siempre, nos arrastra por otros rumbos de los inicialmente planteados. Uno de ellos es el de la literatura, bien en su aspecto creador, de pensamiento, de interpretación de los hechos humanos o de los fenómenos propiamente literarios. La literatura tiene que arraigar en la cultura, en la Historia, en los saberes más apremiantes del momento. De este modo, se convertirá en cultura renaciente, en historia viva, en saber comprometido con el mundo y el hombre. Al estar situado el periodismo en el mismo centro de estas preocupaciones, se convierte en un motor sustancial del saber literario. El periodismo, si es la historia de lo instantáneo, cuando esta instantaneidad se pone en relación con los hechos anteriores o los hechos que han de continuarla, nos ofrece entonces un retazo de la Historia que muchas veces viene a ser tan significativo como cualquier sesudo ensayo que pretenda captar las líneas maestras del tiempo. Y es que con una y otro sentimos el latido y la vinculación de toda la trayectoria mental y vital que viene sucediéndose en el mundo, para nosotros, en la más fecunda tradición de Occidente.

Pero donde cobran una singular importancia las relaciones entre periodismo, literatura y tiempo es en la consideración de los tres de cara a su propio futuro. Somos partidarios de un periodismo de ideas, anclado en la cultura, cimentado en los saberes que definen los aspectos más sustantivos de nuestro tiempo. Y ello, valorando al máximo la noticia. La actualidad viva nos dará

la pauta de actuación, puesto que ella es el eje fundamental de la labor periodística. En el momento de valorar tales dimensiones, se produce un punto de inflexión en el que la literatura y sus diversas manifestaciones genéricas borran las fronteras que la separan de aquél. La noticia ya no es un elemento frío y deshumanizado; es algo más que un simple material de trabajo. Se ha convertido en un auténtico yacimiento de sugerencias.

El fenómeno es importante porque la sociedad, la literatura y el periodismo contemporáneo, por un proceso creciente de democratización, de toma de contacto con sus propios problemas, impulsados y a veces arrastrados por los poderosos medios de difusión puestos a su alcance, también por esa especie de tentación que llevan manifestando durante bastantes años hacia todo lo nuevo, tienen en las noticias de cada día motores de impulsión no solamente animados por la curiosidad, sino colocados más allá de ella y configurados como auténticas necesidades vitales. Para el hombre de hoy la lectura diaria del periódico, en la calidad a que nos hemos referido anteriormente, es un suceso «importante» en el sentido dado por Hegel a la palabra. «Importante» es lo que lleva dentro de sí algo de naturaleza superior, lo que conlleva toda una realidad de ramificaciones diferentes. Por esto decía el filósofo que la ópera era la más importante de las artes al ser una fusión del resto de ellas: música, teatro, poesía, ballet, etc. Algo de esto, si bien dentro de sus límites específicos, le ocurre a la noticia. La noticia es la expresión viva y detonante de un mundo en marcha, de una realidad tan compleja que no pasa un sólo día sin que nos asombre con cualquier hecho inusitado o algún espectáculo que desde luego supera las posibilidades imaginativas del hombre. ¿Quién había de decirlo? Los artistas y los literatos, hasta ahora magos y dictadores de la fantasía, van a remolque de la vida y del tiempo. Ya no tiene ninguna importancia la vieja cuestión de si el arte imita a la Naturaleza o viceversa. El arte y la vida empiezan a caminar por separado. La segunda ha desplazado al primero y, apuntémoslo de paso, los artistas que desprecian el ideal de la belleza como bondad, con la consiguiente ausencia en sus obras de algo tan noble como la ternura, se están dedicando a la creación de nuevas convenciones artísticas que nada tienen que ver con la «imitación» aristotélica. Pero no nos perdamos. Lo que queremos dejar sentado es la gran importancia de la noticia para el conocimiento de la actualidad, para la actualidad de la literatura y para las relaciones entre ella y el periodismo. La noticia como información, como base de cultura, como modo de conocimiento y como investigación de la realidad. Pensemos en un momento en las profundas implicaciones literarias, sociales o psicológicas, por citar algún campo concreto, contenidas en la sección de sucesos de los periódicos, en los artículos de colaboración, exponentes en muchas ocasiones de la más depurada maestría periodístico-literaria y en cuya difícil

dedicación han dejado páginas imperecederas las más destacadas mentes de los últimos años. No olvidemos, asimismo, las noticias referentes a los vuelos estratosféricos, a la investigación espacial llevada a cabo por los hombres o las máquinas, a los adelantos de la Medicina o la Bioquímica, a ese capítulo de la ciencia de hoy, verdadero santuario de unos pocos hechiceros, que es la Física nuclear, la configuración de las nuevas ciudades, la situación del hombre, de la sociedad de masas... La literatura y el periodismo se encuentran inevitablemente en estos campos, se influyen y se relacionan. El periodista de hoy tiene que volver su vista a las grandes obras literarias sobre las que se ha edificado nuestra civilización, tomar impulso en ellas y adquirir las bases suficientes para seguir adelante. Así, hay que beber en el recio párrafo cervantino, en esa mezcla de ternura y crueldad que es el Dante, en el Shakespeare sublime, en las obras y los hombres que han marcado las cotas más altas de nuestra cultura. El literato, por el contrario, no puede prescindir en ningún momento de la fuente viva del periodismo. En cuanto a los contenidos y en cuanto a las formas que adoptan. En los primeros, porque en ellos están los temblores más significativos de la vida que tenemos entre manos. En los segundos, porque en ellos está la concisión del estilo, el empleo de la lengua sin retóricas, limpia y directa, expresando sólo aquello que vale la pena destacar.

Pero detengámonos en las influencias recíprocas que con respecto a nuestro tiempo se han establecido a través de los distintos géneros literarios. La consideración del caso concreto nos ilustrará con más abundantes razones.

Donde la literatura y el periodismo han encontrado un campo fecundo de influencias sobre el mundo es en la novela y el ensayo. Con respecto a la primera, en los últimos años de su evolución hemos asistido a la publicación de un numeroso porcentaje de obras que ha arrancado de la actividad periodística misma. Con frecuencia, la novela está tomando sus asuntos de noticias de actualidad. El procedimiento empleado está henchido realmente de sugerencias. Las noticias son una fuente inagotable de temas novelescos. Cuando ya se han producido, el novelista las toma y monta sobre ellas todo el aparato expresivo de su imaginación. Y nos muestra cómo se generó, cómo ha ido desarrollándose hasta alcanzar ese grado de concentración de humanidad que la hace apta para ocupar las columnas del diario. El norteamericano Truman Capote, por ejemplo, nos ha demostrado últimamente toda la gravitación existencial que puede contenerse en uno cualquiera de los sucesos aparecidos minuto a minuto en las páginas volanderas del periódico. El periodismo ha entrado de lleno en la fantasía de los novelistas para mostrarles caminos inéditos o hechos insólitos que tal vez nunca hubieran podido soñar.

En cuanto al estilo, la novela ha tomado del periodismo concisión, rapidez expresiva. La morosidad, tan largamente defendida en la novela clásica,

al impulso de los métodos utilizados en el periódico, ha dejado de ser lentitud para quedar adscrita a lo más sustantivo de la acción narrativa propiamente dicha. Y de ser una obra lentamente elaborada ha pasado a constituirse en un elemento artístico profundamente apegado a las exigencias del lector de nuestros días. En este caso, no se puede aducir pérdida de calidad porque ahora nos hemos encontrado con calidades nuevas y que seguramente esperaban el encuentro con medios adecuados para poder manifestarse a nuestra vista. La novela contemporánea, por otra parte, nos ha demostrado con creces hasta dónde puede llegar este medio alado de conducir la narración en cuanto a interés para el lector se refiere. La penetración psicológica se ha puesto también al servicio de la sencillez, lo que desde luego nada indica en cuanto a detrimento en su capacidad de profundización. Al cambiar el estilo, ha cambiado a su mismo ritmo la forma de acercarse a las entrañas mismas de los hechos o personajes contemplados. Ahora con una sutilidad menos complicada, quizá menos retorcida, más libre y dispuesta a aprehender decidida y ágilmente las notas más significativas en que aquéllas se manifestaban.

Realmente, el periodismo ha hecho que la novela cambie de forma y de ritmo, acercándola con ello al tipo de lecturas requerido por los lectores de hoy. Se ha hecho, como la vida que la rodea, dinámica y acelerada; la ha acercado a la sensibilidad nuestra. Porque hoy, el hombre necesita este tipo de novela que ha tomado del periodismo la concisión, la concreción, el saber dar en pocas palabras las notas esenciales de un tema. Le *nouveau roman* francés, con equivalencias contemporáneas en casi todas las literaturas, es una buena muestra de todo lo que venimos diciendo.

En el lado contrario, es decir, en el terreno de influencias desprendido desde la novela hacia el periodismo, nos encontramos con un fenómeno localizado en todos y cada uno de los rotativos del mundo. Nos referimos al reportaje. De hecho, los grandes reportajes que nos deslumbran a diario son en realidad excelentes narraciones sobre hombres, fenómenos interesantes, tierras o paisajes. Aquí, la técnica de la novela, sabiendo detenerse en aquello que importa y en nada más que lo que importa, ha sido fielmente recogida por el reportaje. En el aspecto a que estamos aludiendo, reportaje —y de qué categoría— sobre los campos de la Mancha, son muchos de los pasajes de *El Quijote*. Después encontraremos todo un mundo gravitando en ellos, pero, en principio no pueden desprenderse de una captación reportajista de la realidad.

En buena parte de la novela y del periodismo contemporáneo hay identidad de acción, identidad de estilo, identidad de lenguaje.

Parecidas razones abonan las relaciones del periodismo con el ensayo. Al establecerse el contacto, ha perdido éste la aridez que le ha sido propia en

épocas anteriores a la nuestra. Y el periodismo ha ganado en altura y profundidad. Las secciones editoriales de los periódicos constituyen en muchas ocasiones muestras maestras de lo que debe ser un ensayo. Las secciones de colaboración, teniendo el interés, amenidad y actualidad propios del periodismo, tienen también la seriedad de desarrollo y enfoque del ensayo. En buena parte vienen a ser ensayos agilizados por la forma requerida por el lector de periódicos.

En España —los casos de Ortega, Pérez de Ayala, Azorín o Eugenio D'Ors, entre un buen número de ensayistas, nos saltan en seguida a la memoria— ese apretado censo de excelentes ensayistas surgidos durante los últimos años han sido a la vez excelentes periodistas.

Inevitablemente tenía que ser de este modo. Un género tan predispuesto a la penetración en el mundo y la cultura que lo define como el ensayo, no podía permanecer al margen de la importancia adquirida por el periodismo. El buen ensayo contemporáneo se alimenta de la realidad viva del periodismo, de las noticias, de los acontecimientos que le van a ilustrar sobre la esperanza o la desesperación de su época. Con el periodismo, el ensayo puede captar con toda facilidad las líneas maestras de la sociedad que vivimos, de la cultura, del hombre y de la Historia. Porque la antena periodística, al inundar la vida actual, está arrancando gota a gota los secretos de la Historia.

A partir de ahora, literatura, periodismo y tiempo han de caminar poderosamente vinculados. No puede hacerse literatura a la antigua usanza ni periodismo sin contar con la literatura. Si aquél trae la contemporaneidad con las exigencias del tiempo que vive y su radical actualización, ésta lleva en sí misma una enseñanza comprobada a lo largo de los siglos que no puede marginarse en ningún momento. Las relaciones entre una y otro son decisivas para sus propias orientaciones futuras. Están pisando el mismo terreno e inciden en él con parecidos procedimientos. En las consecuencias finales es donde se producen cadencias de separación. Para el periodismo esto es sustancial, pero para la literatura ya hemos aprendido sobradamente que las formas no son sino la dialéctica de sus propios contenidos. Y en esta dialéctica de la expresión es donde el periodismo cobra sobre ella su mayor círculo de influencias, un círculo de influencias del que no podrá desprenderse sin riesgo de quedar desnaturalizada.

FERNANDO PONCE

